

## SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



María Vargas y Vicente Fabián en su boda. Archivo: Ramiro Fabián, 2006.



Familia Fabián Vargas. Archivo: Ramiro Fabián, 2006.

### LA JERARQUÍA DE FABIANI

Don Vicente Fabiani era hombre de principios sólidos y maneras afectadas. En su proceder no existían indicios de improvisación y la educación y camaradería que su personalidad exportaba a raudales provenían de una cuna respetable instalada con anterioridad en el pequeño poblado de Cappadocia, allá, en la lejana cadena montañosa de la Italia meridional, donde todavía los niños, jóvenes y ancianos desfilan invariablemente ante la figura venerada de San Biagio, patrón y guardián absoluto de los fieles lugareños. Sí, de aquella región distante y extraviada en las entrañas del Abruzzo provenía Don Vicente. Constructor diplomado en Roma y viajero ocasional – llegó a Bolivia para cumplir contratos laborales en 1890– Fabiani empleaba en cada uno de sus actos la firmeza y seguridad que su espíritu templado sugería. No en vano fue su persona la elegida para presidir las riendas de la, por ese entonces, flamante Sociedad de Beneficencia Roma, cargo que supo llevar con jerarquía y distinción por muchos años. Ni como negarlo, los residentes italianos de La Paz, comerciantes y constructores la mayoría, contemplaban orgullosos el decoro, la amabilidad y el talento que desprendía la figura de su presidente, un genuino italiano de cepa vieja. Por su lado, éste no perdía la oportunidad para recordarle a cada uno de los emigrados el amor que debían profesar por la patria distante y añorada y el respeto y gratitud por el país que ahora les extendía los brazos y les brindaba protección. Así era Don Vicente, claro y directo cuando de actuar se trataba. “Eran bastantes y diversos los comentarios de mi padre acerca de la bondad y carisma de mi abuelo Vicente. Por ejemplo, él no ponía ninguna objeción a la hora de colaborar a los más necesitados, y era tal su compromiso de solidaridad que en más de una oportunidad dejó pasar por alto la renta de los alquileres a muchos de los inquilinos que estaban en una situación apremiante”, comenta con un rasgo de emoción su nieto Ramiro. Pero la huella caritativa del arquitecto italiano no sólo quedó estampada en la memoria de los inquilinos del viejo caserón en la calle Pichincha, también la imagen urbanística de la sede del gobierno boliviano recibió colaboraciones importantes de Don Vicente Fabiani. Su trabajo se halla registrado en el levantamiento de múltiples construcciones en la concurrida avenida Montes y en la posterior remodelación del Teatro Municipal de La Paz.

Discreto y solemne cuando las circunstancias así lo exigían –casi siempre iba vestido con un saco y traje de paño oscuro, sombrero importado y una fina pajarita ajustada el cuello almidonado de su camisa blanca– Fabiani motivaba con su presencia impecable cada una de las sesiones de la Sociedad de Beneficencia Roma. Mientras que en su hogar la dedicación y el esmero por cultivar la mente de sus hijos fue por largos años prioridad inaplazable, así lo entendió su esposa María Vargas, dama cochabambina con la que tuvo 8 hijos: Juan, Cesar, Vicente, Graciela, Creliá, Hebe, María y Haydee.

Hace mucho que no se ve la cálida figura de Don Vicente, los edificios y casas que fueron proyectados por su ingenio van envejeciendo incólumes ante la indiferencia de las nuevas generaciones de habitantes. Sin embargo, su espíritu descansa tranquilo ya que en esta carrera que se denomina existencia él se sintió vencedor.